

Hacia una Política de Integración Global

Comentario de Juan Gabriel Valdés*

Quiero agradecer esta invitación y decir que es un gusto participar esta vez en un seminario donde se discute el desarrollo de Chile. Por demasiado tiempo he participado en discusiones sobre temas internacionales. Comentar a Hernán Somerville no me es fácil, debido a que estoy de acuerdo con muchas de las cosas que él ha dicho y no se trata de repetirlas. Intentaré abordar, sin embargo, algunos temas que creo no ha tenido tiempo de mencionar.

He estado en casi todos los frentes de la política exterior chilena en los últimos 10 años. En Hacienda, primero, trabajando en el desarrollo de las negociaciones comerciales de Chile, luego en la Cancillería en la conducción de las mismas y por último, en temas muy políticos y muy difíciles para el país. Hoy tengo la sensación que se hace necesario dar una mirada crítica a muchas de las cosas en las que participé. Por lo tanto, que nadie se sorprenda si digo cosas ante las cuales alguien podría reaccionar diciendo: "pero si él estaba metido en medio de eso". Me parece que sería útil en realidad para la Concertación —siendo una muestra de fuerza y no de debilidad—, si pudiera detenerse un momento en algunos temas y reconocer que ahí no lo hizo bien y que las cosas pueden revisarse. Sobre todo y es normal después de diecisiete años, porque es capaz de observar que la mirada de este tiempo no es la misma de entonces y que una corrección se hace necesaria.

Encuentro que el tema de la globalización está yendo ideológicamente más allá de lo que todos quisiéramos. La globalización es un concepto que hoy se usa para "barrido y fregado" y sirve para explicar todo. Nos olvidamos a menudo que la globalización no apareció de la nada, sino que es un proceso que proviene de evoluciones políticas, económicas, sociales y culturales previas del sistema capitalista, por lo que la única manera de comprenderlo como proceso es observándola desde una perspectiva histórica, incluso desde los descubrimientos de los siglos XVI y XVII. La globalización no es ni el comienzo ni el fin de la historia. Pero hoy, al contrario, la globalización se ha transformado en una cosa a la que se le adjudica voluntad, como si fuera un ente orgánico al que se le condena por provocar pobreza o se le aplaude por dar oportunidades de modernidad. Al contrario, tenemos que entender que es un proceso complejo, al que hay que mirar con detención, en el que hay que seleccionar lo que

* Ph. D. en Ciencias Políticas de la Universidad de Princeton, ex Ministro de Relaciones Exteriores. Actualmente es embajador de la ONU en Haití.

conviene y rechazar lo que perjudica; identificar qué cosas provienen realmente de la globalización y qué cosas emergen de los procesos internos de cada uno de los países y de sus formas culturales y de desarrollo.

En este país hablamos de “integrarnos a la globalización” como si se tratara de cablear el país para integrarlo a Internet. Buscamos identificar la globalización con la necesaria evolución hacia un solo mercado libre, cuando en verdad globalización y mercado único y libre no son lo mismo. La globalización, eso sí, integra mercados que tienen normas de funcionamiento, procedimientos e historias que son totalmente diferentes. La utopía de que va haber un solo mercado con reglas comunes en el cual todos vamos a converger en el tiempo y se va a transformar en un estadio distinto en la historia de la humanidad, me suena a marxismo vulgar. Por lo tanto, no creo en eso y no vamos a evolucionar a una forma superior de estructuración de la historia de la humanidad simplemente recitando las ventajas de la globalización. Los chinos van a seguir haciendo su “mercado a la china” durante mucho tiempo más y habrá otros países que van a buscar una práctica de mercado libre; cosa que no ha sido así necesariamente en muchas partes, por lo pronto, por ejemplo, en la historia de los Estados Unidos. Lo que interesa, por lo tanto, es subrayar que existe una “manera nacional” de participar en el desarrollo del sistema internacional y que esa manera nacional no está escrita, se descubre en cada sociedad de manera distinta.

Veo la globalización esencialmente como la expansión de un sistema de redes financieras y tecnológicas que ocurren en un mismo momento en términos de tiempo. A partir de allí se genera una expansión dinámica de todas las actividades humanas, incluso las culturales y sociales. Pero es un proceso con avances y retrocesos, con peligros enormes y grandes oportunidades. Nadie puede decir, al estilo de Corea del Norte, “yo no participo”. Pero no hay una sola manera, ni una forma sola de integración económica y la valoración que los países tienen del fenómeno cambia en el tiempo.

El período eufórico y determinista de la globalización ha terminado. Lo cierto es que la forma en que hoy se la mira en América Latina no tiene nada que ver a cómo se miraba hace 10 años. En aquella época se decía que Chile era un país que tenía “liderato conceptual” y si bien se nos criticaba dentro del MERCOSUR, se pensaba que estábamos señalando un camino que tarde o temprano seguirían todos. Recuerdo que los presidentes del MERCOSUR nos hacían esperar afuera de las reuniones del grupo aduanero porque no éramos socios plenos y un día el Presidente Cardoso le pidió públicamente excusas al Presidente Frei, preguntando por qué se nos castigaba a los chilenos con un trato discriminatorio, si íbamos 10 pasos más adelante y tarde o temprano ellos deberían hacer lo que habíamos hecho nosotros.

Hoy es más difícil escuchar una opinión como esta en nuestro entorno. Esa es una realidad política que debemos considerar. Ni la Argentina de Kirchner cree en la globalización como la de Menem; ni la Bolivia de Morales como la de Sánchez de Losada; ni el Brasil de Lula como el de Cardoso. La idea del ALCA, tan favorecida por Chile se desmoronó. La integración comercial con los EE.UU., que parecía el curso inevitable de la historia de la región, no es hoy más que una posibilidad para algunos países y eso con gran oposición de los sectores proteccionistas norteamericanos y de todos los enemigos del mercado más restringido en el mundo: el del trabajo migratorio. El comercio no es más "el" factor de integración, o el único cemento principal en la construcción de alianzas. Lo que estamos viendo es una irrupción del fenómeno político y el retorno de la geopolítica a la región. Esto, en contra de las predicciones de todos los eufóricos de la globalización que predecían la muerte de una serie de cosas, desde los estados y la política, hasta la geopolítica tradicional.

Chile debe continuar con su inserción en la economía global. De eso no tengo la menor duda, pero, para hacerlo, debe hacer mucha política en su entorno. Soy de los que piensan que, al final de todo, el desarrollo de Chile depende en buena medida de cómo le vaya a América Latina. Con una América Latina en estado de crisis, conmoción política y gran desorden, no hay inversión externa en serio en ninguna parte de la región. Con una situación geopolítica compleja, países en tensión y una falta de inversión que paraliza el desarrollo energético del sur de América, es difícil pensar en que los centros más dinámicos de la economía y el pensamiento mundial puedan interesarse en lo que pasa aquí. Peor aún, con crisis sociales en el resto de la región, con gran ideologización, el contagio hacia nosotros es casi inevitable. Se podrá argumentar que somos excepcionales, pero no que nos hemos ido de la región.

Esto no significa tampoco que Chile deba asociarse a los esquemas políticos o económicos que la región adquiere al ritmo de sus vaivenes políticos. No nos equivocamos en nuestra política de asociación sin membresía en el MERCOSUR, pero al mismo tiempo se impone un mayor realismo. Chile tiene que aprovechar sus éxitos para abrir nuevas oportunidades, sin embargo no debe caer en ilusiones. Soy un entusiasta del trabajo en la APEC, apoyo en principio todos los esfuerzos para cultivar la relación con el Asia, pero creo que hay que reconocer que no podemos ser plataforma de los países asiáticos si no tenemos puertos, si no somos capaces de tener un tren con Mendoza y seguimos dependientes de pasos cordilleranos que interrumpe el invierno. Me sorprende a veces cuando leo ironías, si no mofas, respecto de las intenciones del Presidente Chávez de construir canales y tuberías por el medio del Amazonas, cuando en este país se dice con toda seriedad que somos la plataforma del Asia para América Latina sin puertos de volumen internacional,

sin comunicación real con el resto de la región y sin ni siquiera relaciones diplomáticas normales con uno de nuestros vecinos del norte.

Nuestra integración al llamado proceso de globalización requiere, por lo tanto, de algo más de lo que hemos hecho en los años pasados. No es el mercado el que nos integrará automáticamente en la economía global. La continuidad de nuestro acceso exitoso al sistema requiere primero de un plan nacional de desarrollo y segundo de una actividad política en la región que nos permita afirmar el carácter nacional de nuestra opción de apertura y de oportunidades comerciales. Esto último implica reconocer el carácter fragmentado del desarrollo latinoamericano y actuar de manera pragmática, sin pretender que quien adopta otro camino está equivocado, sino aceptando que tiene otra lectura de su propio interés nacional. De otro modo, pasaremos de ser “un ejemplo” a una suerte de excepción, que en algunos casos será vista como “poco solidaria”, creándonos un cuadro político que puede llegar a ser adverso.

La política y la actividad política juegan hoy un rol muy importante en el proceso de integración. Los proyectos actuales de integración son políticos. Eso es lo que reflejan fenómenos como el ingreso de Venezuela al MERCOSUR y los intentos de mantener una “perspectiva europea” en el desarrollo de las asociaciones latinoamericanas. El diseño geopolítico que se intenta imponer es en verdad bastante confuso y peca en muchos sentidos de populismo. Lo que proclama el Presidente del MERCOSUR “político” no tiene nada que ver con el discurso que hace menos de una década proclamaba el canciller Lampreia del Brasil, por ejemplo, que se centraba en una lógica comercial afín a la OMC, pero no por eso menos real. La cuestión de la energía, el gas, el petróleo y la forma como la situación actual de ese campo se desarrollará, constituirán un elemento enormemente decisivo para la región, tanto en el terreno económico, como en el político.

Leo que una empresa china se acaba de asociar con el grupo Macri de Argentina para producir automóviles en Uruguay y luego exportarlos a Argentina y Brasil. El MERCOSUR pretende reducir la norma de origen a los autos producidos por lo chinos en Uruguay a un 30%, de tal forma de favorecer la integración de Uruguay al MERCOSUR. Este es un ejemplo de voluntad política. Aquí hay un intento deliberado de producir efectos políticos en la inserción global de las economías del acuerdo. Nosotros no podríamos compartir una política como esta. Nuestra política es que “*we do not pick up the winners*”, algo muy ortodoxo que en la práctica no sigue nadie. En verdad ni siquiera nosotros mismos.

Creo entonces que debemos ir por dos caminos. Estoy totalmente de acuerdo con Somerville en un planteamiento en el que él ha sido particularmente lúcido: promover la necesidad de una transformación cultural y de una actitud

cosmopolita de los chilenos frente a la globalización. Debemos desarrollar, como él dice, desde las universidades y centros como estos, un debate y un permanente encuentro con representantes del mundo exterior que nos permita aprender de la práctica de la globalización. Más aún, creo firmemente que debemos impulsar una reflexión conjunta del Estado, los empresarios y los trabajadores para diseñar un plan nacional como el que poseen países como Irlanda, que nos permita adecuar desde la educación hasta las obras públicas a los requerimientos del sistema internacional.

Junto a esto debemos impulsar una acción política de integración mucho más deliberada con los latinoamericanos. Si nuestras inversiones están en América Latina, si gran parte de nuestros negocios están en este continente, si nuestras convulsiones y también nuestros momentos de desarrollo han coincidido de manera muy decidora con lo que sucede en nuestro entorno, no pretendamos reemplazar la realidad física del país por visiones de asociaciones con naciones distantes, muy importantes como modelos de desarrollo, pero que no serán nunca sujetos de nuestra política exterior ni grandes actores económicos en nuestro desarrollo.

Chile ha logrado en algo más de una década una serie notable de progresos. Ellos se deben sobre todo a la capacidad política de la sociedad para reconstruir sus instituciones, para ajustar cuentas con su pasado de manera responsable, de respetar las bases fundamentales de un crecimiento económico basado en la iniciativa privada y el rol social del Estado. Hoy nos abocamos a producir mejoras en la distribución del ingreso, nuestro gran y doloroso problema. Proyectar esta identidad al exterior es un ejercicio político que requiere de creatividad. Él es indispensable antes que todo en nuestra región. Hacerlo será la condición para lograr un nuevo dinamismo en nuestra inserción en el sistema global.